

El odio que profesaban á Colon cuantos le oian, se trocó instantáneamente en admiracion y entusiasmo.

Llegó en esto Peñalosa, y acercándose á su oido:

—Habeis triunfado de los revoltosos, le dijo; pero debeis vuestro triunfo á que os han escuchado. No era ese su propósito, y si hubieran hallado como querian á los jefes de la conspiracion, ántes de oiros habriais caido cosido á puñaladas á sus piés.

—¿Pero sus jefes han huido?

—No; sus jefes deseaban á toda costa deshacerse de vos; pero un amigo vuestro les ha tendido un lazo: les ha encerrado cautelosamente en su propia casa, ha impedido que los conjurados se comuniquen con ellos, y á él principalmente debeis el éxito que habeis conseguido.

—¿Y quién es mi amigo? preguntó Colon.

—¿Quién ha de ser? exclamó un anciano presentándose á él y estrechándole en sus brazos; yo, que no olvido nunca vuestras bondades, que os miro siempre como á mi Providencia, que daría mi vida por vos.

Colon estrechó cordialmente á aquel hombre, cuya voz reconoció instantáneamente.

Era Matías Sampayo.

En efecto; enterado de la conspiracion que se tramaba contra su buen amigo, habia llevado hasta su casa, por medio de un pretexto, á Rascon y Quintero, y una vez allí los habia encerrado, corriendo inmediatamente á dar parte á Peñalosa, de que estaban en su poder los jefes de la conspiracion.

Los dos fueron presos, pero Colon intercedió por ellos.

Despues de hablarles, de convencerles y de entusiasmarles, obtuvo su perdon.

A partir de aquel instante, sus más encarnizados adversarios fueron sus mejores amigos.

CAPITULO XLIV.

Un padre y una hija.



ENCIDAS todas las dificultades, gracias al ascendiente que habia cobrado Colon sobre los habitantes del puerto de Palos y á la influencia que en favor suyo habia ejercido el prior de la Rábida, y á la popularidad y aprecio de que gozaban los Pinzones, pudo al fin y al cabo contar con dos carabelas, una de ellas la *Pinta*, que debia ser mandada por Martin Alonso Pinzon, acompañándole como piloto su hermano Francisco Martin, y otra la *Niña*, con velas latinas, mandada por el tercer hermano de Martin Alonso, Vicente Yañez Pinzon.

El tercer buque fué expresamente preparado para el viaje.

Tenia cubierta, cosa rara en las embarcaciones de aquella época, y se le puso por nombre *Santa María*.

En este último buque debia embarcarse el almirante, acompañado de los pilotos Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño y Bartolomé Roldan, un inspector general de la armada nombrado al efecto, Rodrigo Sanchez de Segovia; un alguacil mayor, Diego de Arana, y un escribano real, Rodrigo de Escobar, funcionario encargado de tomar nota de los contratos y transacciones que hiciera el jefe de la expedicion.

Un médico y un cirujano fueron designados para acompañarle y el total de los marinos llegó á ciento veinte, formado en parte por voluntarios, ávidos los unos de gloria, de mejo-

rar de fortuna los otros, y los dos ingleses que le acompañaban y no pocos delincuentes que acogiéndose á la ordenanza que habian dado los reyes mandando suspender la ejecucion de la sentencia de los reos que se alistasen para la expedicion, habian preferido lo desconocido, á la seguridad de que el verdugo los estrangulase.

Si triunfaban, la alegría del triunfo podria inspirar su perdón, y si no, preferian á la muerte afrentosa, la que les ocurriera en aquella empresa que iban á acometer por una causa digna y gloriosa.

Preparado todo, dispuestas las raciones, y los pilotos y marineros resueltos á explorar las inmensidades del Océano, quiso Colon ántes de partir para siempre tal vez, despedirse de su hijo, que debia salir de un momento á otro de la Rábida para encaminarse á la corte para tomar posesion del cargo de que le habian hecho merced los reyes, y cumplir el deber de todo padre al separarse de su hijo cuando éste vá á llenar en la sociedad una mision cualquiera que sea.

Era una noche del mes de Julio.

Todo estaba en silencio en el convento de la Rábida.

Los monjes habian terminado sus oraciones y se habian refugiado en sus celdas.

Diego, que á la sazón iba á cumplir diez y ocho años, debia partir al dia siguiente para Córdoba con el objeto de presentarse al arzobispo de Toledo, y que éste le llevase á palacio á fin de que le diesen posesion del empleo de paje del príncipe don Juan.

Aquella misma tarde le habia dicho Colon que en cuanto anocheciera fuese á la celda del superior del convento.

--Antes de abandonar esta hospitalaria nacion, ántes de despedirme de mi hijo, habia dicho á fray Juan Perez de Marchena, deseo aconsejarle, y sobre todo hacerle importantes revelaciones.

Si me aguarda la muerte en esta expedicion que con tanto afán voy á emprender, quiero al ménos que sepa cuáles son mis propósitos, y que conozca algo de los misterios de mi vida, para que vea que no se queda solo en el mundo.

El prior aguardaba en su habitacion á sus dos huéspedes. No bien llegaron, cerró la puerta de la celda.

La noche era muy calurosa, y no habia más luz en la celda que la que penetraba por una ventana que daba al espacioso huerto del monasterio.

Hacia una luna hermosísima.

El paraje donde iba á tener lugar aquella explicacion entre un padre y un hijo en presencia de un ministro de Dios, no podia ser más bello.

A lo léjos se oía el murmullo de una fuente.

Sobre la copa de los árboles se mecía la brisa.

Cantaban los tiernos ruiseñores, y solo estas voces de la naturaleza alteraban el silencio que reinaba en torno del monasterio.

La claridad que proyectaba la luna en la celda era muy suficiente para que aquellos tres personajes pudieran ver respectivamente la expresion de su fisonomía, y contribuía á dar solemnidad á aquel acto.

--Eres ya un hombre, hijo mio, dijo Colon á Diego; te he dado el sér, y aunque es inmenso el afecto que siento hácia tí mi alma, no he podido hacer nada por tu felicidad. La santa mujer que te dió la vida, murió dejándote muy niño en el mundo.

Yo no tenia más compañera que la miseria, y en sus ateridos brazos han pasado acaso los más dichosos años de tu vida.

Pobres los dos, abandonados de los hombres, sin recurso alguno, pero con esperanzas, abandonamos la nacion en donde viste la luz, y despues de soportar las penalidades de un

largo viaje, llegamos á esta santa casa, en donde la Providencia nos reservaba dias muy venturosos.

Aquí encontramos un verdadero padre en fray Juan Perez de Marchena.

—Hasllasteis lo que mereciais, dijo el prior.

—Cuán bueno sois! Cualquiera que sea la suerte que me reserve el porvenir, podeis estar seguro de que mi último pensamiento será para vos, de que mis últimas palabras serán el testimonio de mi gratitud por vuestras bondades.

Ello es, mi buen padre, que nos ofrecisteis un asilo, que nos amparasteis, y que, conservando á mi hijo en vuestro poder, no sólo mejorasteis su condicion, no solo inculcasteis en su alma los principios de la sana moral y despertasteis su corazon á los generosos sentimientos, sino que, ofreciéndole vuestra proteccion, me permitisteis ir libremente á luchar contra mi destino, y si yo algo he sufrido en estos últimos tiempos, al ménos he tenido la satisfaccion de saber que no faltaba nada á mi adorado hijo.

Mis desventuras han tenido fin. Los reyes, que gracias á vuestra recomendacion, me han oido, no solo me han colmado de mercedes, sino que han extendido sus bondades hasta mi hijo; y al partir en busca de lo desconocido, al ir á conquistar la inmarcesible gloria que deseo para mi nombre, al ir en busca de la fortuna que deseo para mi hijo, puedo dejarle en una posicion que ni aun me habia atrevido á soñar para él, y al lado de los reyes que, si yo muero, me reemplazarán cerca de él.

Diego escuchaba con recogimiento las palabras de su padre.

Como habia vivido léjos de él los años en que su inteligencia se habia despertado, en que se habian desarrollado las facultades de su alma; como en este tiempo, cuando le habian

hablado del ilustre marino, no habia escuchado más que grandes elogios, se habia acostumbrado á respetarle, á venerarle, y las palabras que pronunció en aquellos momentos, no podian ménos de impresionarle fuertemente.

—Ahora bien, hijo mio, dijo Colon, mañana vamos á separarnos. Tú vas á la corte; en ella vas á empezar á vivir; á cada instante hallarás emociones que irán formando tu carácter, tu corazon. Nunca vienen mal al jóven inexperto los cariñosos consejos del padre, que al legar á su hijo la triste experiencia que ha adquirido en la vida á fuerza de pesares, le lega tambien el tesoro mejor que tiene el hombre al llegar á la edad madura: su alma.

Oye, pues, hijo mio, los consejos que yo te doy para que puedas ser feliz.

La gratitud es el sentimiento que debe estar más arraigado en el corazon del hombre. Los que no saben agradecer siempre en las horas de la prosperidad los beneficios que han recibido en la desgracia, sino del mundo, que tambien el mundo castiga, reciben el castigo de su conciencia.

A cada instante les recuerda la ingratitud que han cometido, les rebaja á sus propios ojos, y cuando el hombre se siente rebajado ante su conciencia, es capaz de cometer toda clase de crímenes y de maldades.

Por el contrario, el que es agradecido llega á formar un culto de su propia honra, y el que empieza por honrarse á sí mismo, es incapaz de deshonorar á los demas; la perseverencia, el sufrimiento, la paciencia para soportar las adversidades son virtudes que necesita principalmente el que como tú sale de su pobreza y va de pronto á vivir en un palacio.

Que no te dominen, hijo mio, los falsos halagos del mundo.

Antes de pronunciar una palabra, ó de ejecutar una accion, piensa si la pronunciarías ó la ejecutarías delante de tu pa-

dre; y si tu conciencia te dice que no, no la pronuncies ni la cometas.

Que la codicia no se apodere de tu corazón.

La codicia es una pasión que va matando en el alma los buenos sentimientos y deja en su lugar el frío del escepticismo.

Sé sumiso y leal con tus señores; respeta á los ancianos; guía por el bien á los niños; sostén á los débiles; contrarresta con la virtud y la honradez la energía de los fuertes; sacrifica tu vida, si es preciso, por salvar á tus reyes, por defender á tu patria, y cuando llegue el día en que se despierte tu corazón al amor, piensa en la que fué tu madre, en aquel ángel de pureza y bondad que arrulló tus primeros sueños, que meió blandamente tu cuna. Su recuerdo alejará de tí las pasiones impuras y Dios bendecirá los sentimientos que brotan en tu alma.

—Gracias, padre mio, gracias, dijo Diego, cayendo de rodillas y besando su mano, no olvidaré nunca los consejos que acabais de darme, y vuestras palabras quedarán grabadas para siempre en mi corazón. ¡Que sea grande la gloria de vuestro nombre! yo os juro respetarla siempre, no mancharla nunca y ser digno de vos.

—El cielo te bendiga, hijo mio, dijo Fray Juan Perez de Marchena enjugando las lágrimas que la emoción hacia asomar á sus ojos.

—Tengo que hacerte aún una revelación, dijo Colon, y quiera Dios preparar tu corazón para oirme con cariño.

—Hablad, padre mio, hablad.

—Cuando nos separamos, quedando tú en esta santa casa, partiendo yo á buscar protección en la corte de España, encontré en Córdoba una ilustre dama que se apiadó de mí, y alentando mis esperanzas, fué el único rayo de luz que ví en

la oscuridad que la desventura habia formado en torno mio. Esa ilustre dama despertó en mi alma una veneración inmensa. Me parecia ver renacer en su alma la de mi buena esposa, y unidos nuestros corazones, recibimos en secreto la bendición nupcial.

Diego escuchaba con sorpresa, pero al mismo tiempo con cariñosa benevolencia á su padre.

El prior de la Rábida, que comprendia cuán dolorosa era aquella revelación para su amigo, se identificaba con él.

—Dios bendijo nuestra unión, y gracias á él, tienes un hermano, hijo mio.

—¿Un hermano?

—Sí, un hermano, á quien espero que amarás con toda tu alma. También el pobre es huérfano como tú. La desgracia me ha perseguido siempre; mi segunda esposa murió también, pero antes de morir, queriéndote como si fueras su propio hijo, te legó parte de su fortuna, y gracias á ella, si yo muriera y tú perdieses la gracia de los reyes, aun podrias vivir en el mundo. Mi buen amigo, el superior del convento de mercenarios de Córdoba, fray Pedro Antunez y fray Juan Perez de Marchena, que nos oye, están enterados de este secreto.

¡Qué la memoria de doña Beatriz Enriquez de Córdoba tenga un lugar en tu corazón!

—Os juro que lo tendrá, padre mio, dijo Diego.

—Tu hermano es niño aún; deseo que le veas antes de ir á la corte á desempeñar tu destino.

Matías Sampayo, que te ha de acompañar mañana, te llevará adonde está su hija.

Fernando, tu hermano, vive allí como hijo suyo. No le descubras mi secreto mientras no sepas la noticia de mi muerte. Pero estréchale en tus brazos; sé para él un hermano mayor, un amparo, una Providencia, y si yo logro saber que

estais unidos, que os amais, habré realizado el más vehemente deseo de mi vida.

—Yo os prometo, padre mio, dijo Diego, y no solo os lo prometo, sino que os lo juro delante del ministro de Dios, ser para mi hermano lo que deseais que sea.

—Ahora ya he cumplido mi mision. ¡Dios te bendiga, hijo mio! Ven á mis brazos, ven y pidámosle al cielo que nuestra separacion de hoy no sea eterna.

Diego cayó en los brazos de su padre, y fray Juan Perez de Marchena, profundamente conmovido, dió á aquellos dos seres, que se arrodillaron ante él, su bendicion, pidiendo al mismo tiempo al cielo que colmase sus votos, porque eran merecedores de la proteccion divina.

Al dia siguiente partió Diego muy de madrugada, despues de estrechar nuevamente á su padre en sus brazos, y se dirigió con Matías Sampayo á Baeza, en donde pudo ver por la vez primera á su hermano y cumplió los deseos de Colon.

Despues partió á la corte, y no tardaremos en seguirle allí, porque al poco tiempo de su llegada tuvo ocasion de prestar un inmenso servicio al rey don Fernando, pagándole de aquel modo los beneficios que habia dispensado á su padre, y cumpliendo al mismo tiempo los preceptos que éste le habia dado en la celda del prior de la Rábida.

Tranquilo y satisfecho Colon por haber cumplido un deber de conciencia, confiando en Dios, y lleno de fe en su empresa, se dispuso á partir del puerto de Palos, para llevar á cabo el pensamiento más glorioso del siglo XV.

CAPITULO XLV.

Un nuevo personaje.



El dia 1.º de Agosto de 1492 notábase gran animacion en el puerto de Palos.

No solo los Pinzones, que con tanto entusiasmo habian acogido el pensamiento de Colon, y que tan vivos deseos tenian de llevar á cabo con él tan arriesgada empresa, sino los que impresionados por el gran marino habian resuelto acompañarle, mostrábanse animados de un entusiasmo inconcebible entre personas que algunos dias ántes habian llevado su indignacion contra el proyecto que entonces aclamaban, hasta el extremo de conspirar contra la vida de Colon.

Pero éste habia tenido ocasion de hablarles, no solamente de sus proyectos, sino de sus esperanzas.

Les habia indicado las razones en que apoyaba la realizacion de sus planes, y su poderosa y elocuente voz habia conseguido despertar en el gastado corazon de aquellos hombres el sentimiento de la gloria, que es el que convierte á los hombres en héroes.

Ya estaba todo dispuesto.

Las carabelas la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* se balanceaban suavemente, mecidas por las ondas del mar, y aguardaban á que los valerosos marineros se albergasen en ellas para emprender la marcha y llevarlos al triunfo.